

# SUJETO, ACTOR Y CLASES SOCIALES

Laura Collin Harguindeguy<sup>1</sup>

## **Planteamiento del Problema: Cambios de actores sociales, cambio de mirada**

Las teorías del cambio social y de los actores del cambio, se han modificado tanto en función de modas teóricas, o teorías explicativas, intereses o perspectivas de los analistas, como de las transformaciones de la sociedad. El capitalismo, que en esencia permanece como el modelo a partir del cual se organiza la sociedad moderna ha transitado por diferentes etapas, y si bien algunos autores defienden que, en tanto, los cambios no han sido sustanciales, la crítica de la economía política que Marx realizara hace ya más de 150 años mantienen vigencia, otros proponen distinguir entre etapas, y para no polemizar directamente con los marxistas, en vez de mencionar etapas del capitalismo prefieren distinguir entre etapas de la *modernidad* ya sea como modernidad en grados, alta baja y modernidad tardía (Giddens, 1991), diferencian *modernidad* de *posmodernidad* (Bauman, 2003), hablan de desmodernización, o sociedad *programada* (Touraine, 2000), o de sociedad postindustrial. Cada una de las etapas de la modernidad, presentaría características diferenciales que impactan sobre los protagonistas e implican la emergencia de *nuevos actores*, presentan diferentes problemas a resolver, o antagonistas a vencer.

En tanto la realidad social presenta al menos dos dimensiones, la de los procesos y sus efectos, por una lado y en él otro la de su reconocimiento y representación en la conciencia, se puede considerar una doble emergencia de los sujetos y actores sociales, su emergencia en la práctica en tanto protagonistas de hechos sociales; y por la otra, su “descubrimiento”, cuando se comienza a “nombrarlos”, a interpretar sus actos en términos de significado y sentido, es decir la construcción por parte de los analistas, del hecho como objeto teórico. A esta doble emergencia se debe agregar el propio reconocimiento de su acción, de su sentido y de una identidad compartida por parte de los actores, es decir; sus propios procesos de subjetivación, ya sea transitando de la conciencia de *clase en si a para sí* según la fórmula marxista, de construcción de una identidad, o como estado emergente (Alberoni, 1981)

---

1 Dra en Antropología, SNI I Profesora Investigadora El Colegio de Tlaxcala, lauracollin@gmail.com tel: (01246)4645874

Estos siglos, los de la ciencia social, abocada al estudio de los fenómenos y el cambio social, han visto transitar actores y movimientos sociales diversos, que han sido interpretados y categorizados en el marco de una o más teorías al punto que autores como Touraine (2000 [1997]) proponen distinguir entre *movimiento social*, *movimientos sociales* y *movimientos societales*. Si bien en términos genéticos, el primer actor social de la modernidad o de la *premodernidad*, reconocido y analizado como tal remite a la *sociedad civil*, la primer gran teoría explicativa del cambio social es sin duda el marxismo. Emergiendo las ciencias sociales en el contexto del industrialismo triunfante se entiende que los actores por excelencia, durante los años formativos, fueran las clases y los estratos sociales, así como sus formas organizativas ya fuera en su versión defensiva las organizaciones sindicales — consideradas por los marxistas como reformistas — o en su forma revolucionaria en partidos políticos, de ideologías definidas, a tal punto que es la etapa que Touraine (2000 [1997]) considera como de un solo movimiento social<sup>2</sup>. La influencia del marxismo (en sus dos oleadas la de la segunda mitad del siglo XIX, hasta principios del 20 y la de los setenta del XX) fue tan notoria que dominó la escena, y aun sigue teniendo una influencia sustantiva, sobre todo en el análisis y la crítica de la realidad social, aunque bastante menos sobre los procesos concretos de cambio.

Al finalizar la segunda guerra mundial emerge un nuevo actor político, el protagonista de las luchas anticoloniales y ante la insuficiencia del paradigma clasista se conceptualiza su lucha en términos de conflictos étnicos, que abandonan, en parte, la determinación productiva para asumir como referencia el tema de las identidades culturales (Barth, 1976, Fanon, 1968,1961; Cabral, 1977) con un componente más subjetivo y relativo, anudado a raíces históricas, territoriales. Resultado tanto de las situaciones de contacto (Bartolomé, 1997; Hill, 1988); coloniales (Cabral, 1977) como más recientemente de las migraciones (Castells, 2004). El tema de las identidades, a partir de su emergencia en los setentas (Hobsbawm, 1997) no se agotó ni circunscribió a las etnias, abarcó también las identidades de género, generacionales, religiosas, políticas, con su carga de adhesión subjetiva.

Con la posmodernidad, en consonancia con la globalización desterritorializada, ciberneticizada, deshistorificada emergen nuevos actores, cuyas raíces no pueden encontrarse ni en la determinación económica, ni en las raíces identitarias, que se mueven

---

<sup>2</sup> Touraine señala que el concepto de movimientos sociales en plural es de uso reciente, y a iniciativa de los sociólogos, anteriormente se hablaba de movimiento social englobando protesta social y acción política, en alusión directa al movimiento obrero.

en función de proyectos, conceptualizados como *causas ciudadanas* y a sus protagonistas como *Sociedad Civil*, concretando la resurrección del concepto que tuvo su auge en el siglo XVIII, y fuera criticado y descartado en el XIX (Seligman, 1992). El término, considerado “de crítica” para el marxismo clásico, ahora es concepto estelar en la jerga del liberalismo contemporáneo”, sostiene Anderson, (1998:92), y resulta difícil no conectar la resurrección de un concepto que emergió con el liberalismo, con el neoliberalismo. Su uso contemporáneo, *con poco rigor analítico*, en opinión de Seligman (1992), ha motivado, tanto a él, como a otros analistas, a recurrir a la revisión genética del concepto para interpretar sus usos actuales (Krader, 1976; Seligman, 1992; Cohen y Arato, 2002). La *particularidad* de las demandas societales, la confluencia táctica o coyuntural de los protagonistas, que prescinden de discusiones ideológicas y propician movimientos más ecuménicos, por no decir carentes de teorización, el que no se propongan objetivos políticos de largo alcance, lleva a que los espacios de confrontación se definan en términos de *causas ciudadanas*, que se expresan en *campos o arenas de disputa* (Bourdieu, 1995) concepto que alude a la enorme disparidad en las expresiones que van de la resistencia vecinal ante una obra pública, al movimiento *globalifóbico*. Lo difuso de la materialización de las relaciones, y la inexistencia de expresiones orgánicas, como los partidos, lleva a recurrir a la noción de redes de poder (Castells, 1996)

Si el paradigma politicista y clasista concibió el cambio en términos de revolución, el étnico como liberación, la nueva tendencia pareciera configurarse en términos culturales, o de identidad (Touraine, 1997) y *contraculturales* (Ecco, 1974), como pretendo argumentar. La emergencia de nuevos actores y su necesaria conceptualización, no ha implicado la desaparición de los anteriores sino cambios de mirada y de circunstancias, viejos actores se reciclan en nuevos movimientos, de allí que en momentos como el presente donde ninguna teoría se erige como paradigma dominante en las ciencias sociales, se abra el dialogo entre algunas de las corrientes del marxismo con los protagonistas y analistas de los nuevos movimientos sociales, un “... diálogo y la hibridación del marxismo...” (Fernández-Buey, 2005: 122), cuestionando algunos de sus conceptos mas dilectos, como el de la *toma del poder*, o la estructura partidaria y prefigurando lo que algunos analistas definen como la nueva izquierda, mientras otros se aferran al dogma ignorando la existencia de nuevos fenómenos por analizar. Los cambios en las formas de lucha y las reivindicaciones de estos nuevos movimientos sociales llevan a Kennedy y Tilly (2009) a preguntarse si se está gestando una tercera izquierda más democrática, y a Modonessi a sostener la existencia de

dos izquierdas y que hace falta una tercera. La primera sería la de los partidos, mientras que la social es la de los movimientos, a la que define como movilizadora de manera coyuntural, en redes de solidaridad, a su juicio ambas son respuestas distintas a la derrota del pasado (2001:21) concluye que es necesaria la rearticulación entre la izquierda política y la social. Raul Zibechi, quien también adhiere a la idea en cuanto a la gestación de una nueva izquierda (2008), puntualiza que mientras las maneras de hacer política se han transformado radicalmente con respecto a las de hace 30 o cuarenta años, las ideas sobre la estrategia revolucionaria siguen ancladas en tesis teóricas generales.

### **El marxismo y los nuevos movimientos sociales**

Como parte de la tradición racionalista-iluminista, el marxismo – o más bien el *materialismo histórico* o el *socialismo científico*, denominaciones preferidas por sus fundadores y luego apellidadas con el nombre de su creador – adhirió a los credos positivos del evolucionismo y la búsqueda de leyes aplicables a las sociedades, ambas creencias heredadas o traspaladas de las ciencias “duras”, la biología y la física<sup>3</sup>. En palabras de Touraine:

El movimiento obrero, y sobre todo el pensamiento socialista, son tan francamente historicistas como los industriales o los financieros, adeptos al darwinismo social, que creen que el mundo, gracias a la técnica y la inversión, marcha hacia la abundancia y la felicidad... misma fe en el trabajo, el esfuerzo, la capacidad de ahorrar y hacer proyectos (Touraine, 2000 [1992]. 236-7).

Marx y Engels crean la novedosa fórmula de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, que implica adicionalmente, a la lucha de clases como *motor de la historia*, erigida en ley que rige el desarrollo de la humanidad. La fórmula supuso que dado un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones sociales de producción resultan anacrónicas por lo que se ingresa a una etapa revolucionaria, hasta que una nueva clase social, conquista el poder (Marx y Engels, 1997).

---

<sup>3</sup> Uno de los mejores exegetas de Marx, Lawrence Krader (1976), aduce que la relación de Marx con respecto a Darwin fue ambigua, e inversa a lo que aquí se sostiene en cuanto a que se trasladan conceptos de las ciencias duras como el de evolución a las sociales, según Krader, Marx habría acusado a Darwin de transpolar la idea de competencia, producto de un desarrollo histórico concreto al mundo de la naturaleza, con la idea de la sobrevivencia del más apto.

Con la revolución estudiantil del 68 se vio que la hegemonía –paradigmática del marxismo-estalinista<sup>4</sup> se encontraba en cuestión. Por una parte se evidenció un espíritu libertario de reminiscencias anarquistas, que recuperaba a parte del pensamiento de la escuela de Frankfurt, en especial a Marcuse-tal vez por ser el más accesible-. Otro sector del movimiento que permaneció fiel al marxismo, propugnó una “vuelta a Marx”. La discusión central del momento se centró en lo que se denominó la caracterización de la etapa, y por tanto, la identificación de la contradicción fundamental. Buena parte de las organizaciones marxistas críticas, surgidas en el momento, centraron la mirada y la militancia sobre los obreros. A la crítica *marxista del marxismo* se sobrepuso la presencia de al menos dos líneas revisionistas, la del trotskismo y el maoísmo con influencia en la emergencia de los denominados movimientos *foquistas*, así como el coqueteo entre marxismo y teología de la liberación. Con la derrota militar de las guerrillas, por parte de dictaduras militares, o “perfectas”, que arrastró tras si a la de toda la izquierda, el marxismo pareció opacado o en retroceso.

En paralelo al retraimiento del marxismo como teoría, las luchas reales de los 80 y 90s parecían no seguir la línea de las clases sociales, sino que comenzaron a fragmentarse al expresar diferentes clases de demandas, étnicas, territoriales, de género, o ecológicas, entre otras: “...las mujeres, los inmigrantes, los miembros de las minorías y los defensores del medio ambiente son, desde ya hace veinte años como mínimo, los actores históricos más notorios” (Touraine, 2000 [1997]:302) La muy posmoderna fragmentación, lleva a Touraine a proponer la sustitución del concepto lucha de clases por el de movimientos sociales. El primero coincidiría con la visión de que toda lucha sigue la línea de la lucha de clases y se explica en función de los intereses “objetivos” de las respectivas clases en pugna, mientras que la visión de “movimientos sociales” sigue la línea de las luchas por temas o como se las denominara luego las “causas ciudadanas”. Por su parte Zibechi (2006) reconoce como rasgos de los nuevos movimientos sociales su característica territorial de creación o recreación comunitaria (Como el movimiento de los sin tierra en Brasil), de territorios étnicos, la búsqueda de la autonomía, la creación de nuevas subjetividades, la autogestión (grupos que sobreviven en base a lo que ellos mismos producen o intercambian), y la horizontalidad. Al tiempo que las luchas se fragmentaban, las supuestas representaciones clasistas se institucionalizaban e integraban ya en la forma de social democracia, ya en la del

---

<sup>4</sup> Cabe mencionar que en parte la revolución estudiantil supuso un resurgimiento del marxismo. El auge derivado del triunfo de la revolución soviética, hasta antes de la segunda guerra mundial y el comienzo de la guerra fría ya había sufrido un opacamiento como resultado de la política de los frentes populares.

sindicalismo – en México diríamos charro- coadyuvante en los sistemas de bienestar – El estado de bienestar paralizó a la clase obrera y la despolitizó, sostiene Zibechi (2002:153) – y luego atacados agresivamente en sus bases de poder y representación, como resultado de la flexibilización neoliberal.

Ya por la burocratización, la traición o la asimilación tanto sindicatos como partidos entraron en procesos de descrédito que afectó a militantes y simpatizantes que empezaron a emigrar hacia otras formas organizativas, territoriales, por identidades, o temas, bajo diferentes formas asociativas, pero sobre todo como organizaciones civiles –sector no lucrativo en la denominación anglosajona- que luego se reconocerían como ONG’s (organizaciones no Gubernamentales y después de probar varios nombres OSC (Organizaciones de la Sociedad Civil), que retomaba el concepto teórico de siglos anteriores. Si bien buena parte de las OSC evidencian algún tipo de vínculo con iglesias, también confluyeron en ellas ex militantes de izquierda.

Los “movimientos sociales” y sus protagonistas, al igual que lo había hecho la clase obrera en su momento, conquistaron el espacio público y se constituyeron en actores sociales reconocidos y en consecuencia como interlocutores. Los marxistas no podían dejar de observar y reaccionar ante estos nuevos actores:

Mientras los partidos tradicionales están atravesando una crisis, quizás terminal, como forma más importante de representación política, las centrales obreras y la izquierda radical están siendo forzada a repensar sus estrategias con respecto a estas formas nuevas y genuinas de organización y participación (Dinerstein, 2002:33)

La primera reacción de los marxistas fue — y aun más de uno la conserva — la de negación, el desconocimiento la desvalorización de su carácter transformativo por no decir revolucionario al catalogarlos como movimientos *pequeño burgueses*. Frente al movimiento campesino, primero y étnicos luego, el desconocimiento temprano refirió a que *pretendían dar vuelta atrás la rueda de la historia*. Posteriormente al movimiento *onegenro* algunos marxistas habrían de despreciarle por su carácter ideológico- religioso.

A pesar de la actitud sectaria de algunos dogmáticos, bien pronto comenzó el diálogo. La polémica, nunca concluida, vuelve a tener importancia, cuando los movimientos sociales, por su protagonismo, ya no pueden ser despreciado o considerados simplemente reformistas. La

nueva ola de reacciones frente al neoliberalismo — que logran deponer presidentes<sup>5</sup>, llevar al menos a dos indígenas al poder<sup>6</sup>, poner en jaque a los poderosos del sistema en Davos, o congregar a más de 120 mil militantes bajo el lema *otro mundo es posible*,<sup>7</sup> que además se propone como espacio ecuménico y convoca tanto a las OSC, como a las organizaciones clasistas de corte tradicional — el surgimiento de formas de lucha o resistencia, si no inéditas, al menos innovadoras — como la toma de empresas por los trabajadores, que recuerdan a los consejos obreros, o nuevas formas de gestión del territorio, que abiertamente reclaman la autogestión —, imponen la necesidad de una nueva reflexión, y porqué no un nuevo diálogo. En este contexto algunas de las asignaturas pendientes como el tema de la democracia y el poder obrero comienzan a ser debatidas por los marxistas, otras inauguran polémicas innovadoras, como el cuestionamiento de la inevitable necesidad de la toma del poder, para desde allí transformar el mundo, y el cuestionamiento del papel central del proletariado como sujeto histórico. Entre otros temas se retoma la discusión de la teoría de las necesidades, y la de la subjetividad. Polémicas que no solo cuestionan la interpretación textual o exegesis, de la palabra de Marx, sino que además se acercan con ánimo de apertura a las posiciones y propuestas de los no-marxistas.

### **Las clases sociales**

El papel protagónico y teleológico del proletariado, no solo ha sido cuestionado por la emergencia de actores no clasistas, sino también por la amenaza de su extinción, “el fin del trabajo” en la ya clásica definición de Rifkin (Rifkin, 1996), el aumento del desempleo, pero sobre todo que una de las condiciones que diferencian a la nueva ola neoliberal, es que, a diferencia del capitalismo inicial, no ofrece la integración, sino que su característica, es la exclusión, y esto significa no solo que ya no integra, sino que expulsa a amplios sectores de la clase obrera. En opinión de Zibechi (2006) el “desborde obrero” del 68, constituyó el punto cúlmine de lucha y conquistas del movimiento obrero organizado, a partir de ese momento se desata la contraofensiva del capital, donde la represión y las dictaduras solo representarían un paso, el siguiente fue la sustitución de los trabajadores, mediante la desterritorialización, sacar los centros de producción del estado nación, y trasladarlos a zonas sin tradición obrera, ni experiencia organizativa, “...una estrategia que “vacía los enclaves obreros” (2006:150).

---

<sup>5</sup> Ecuador, Bolivia, Argentina

<sup>6</sup> Bolivia, y Perú

<sup>7</sup> En Mumbay, durante la tercera edición del Foro Social Mundial

Ante esta situación ¿cómo calificar por ejemplo a los trabajadores desempleados, despectivamente como *lumpen proletariat*, como lo hiciera Marx en el siglo XIX? Dietrich (1998), por ejemplo, pregunta al lector:

[...] si la explotación estuviera sujeta a la propiedad de los medios de producción, entonces, los managers, los medico-jefe y los directores de banco (como no propietarios de medios de producción, que sólo viven a base de la venta de su fuerza laboral), formarían parte de los explotados; por el contrario, los campesinos y albañiles como propietarios de sus medios de producción, no serían explotados, y si empleaban a un ayudante o peón por salario, serían explotadores (1998: 53)

Es en el contexto del desempleo, la exclusión y la pérdida de centralidad de la clase obrera, pero al mismo tiempo de la disolución de la figura del capitalista, tal como lo imaginaron Weber y Marx, es decir un ser personalizado, concreto con relaciones estrechas con sus trabajadores, y su sustitución por corporaciones impersonales — propietarios por acciones que no inciden sobre la producción y cuerpos gerenciales y de *managment*, que no son propietarios pero deciden —, que varios autores abren el debate nunca concluido sobre las clases sociales. Werner Bonefeld (2004), después de aclarar que Marx nunca concluyó el capítulo sobre las clases sociales, propone un abordaje dinámico, que supone no centrar el protagonismo en la exclusividad de la clase obrera, sino en el sistema de relaciones. Para comenzar se burla del intento de “definir” las clases, pues una definición supone encasillamiento, y a su juicio, el marxismo, en tanto dialéctico tiene la característica de ser siempre dinámico. El carácter esencial —por no decir definitorio— estaría marcado, reiteradamente en Marx, en el hecho de la confrontación capital-trabajo y no en el hecho de recibir o no un salario. El concepto de “Clase”, sostiene “no es un concepto afirmativo, sino crítico” (2004:158). A partir de esta precisión, abre la puerta a considerar como sujeto a los desempleados. El tema de los desempleados y su protagonismo, adquiere relevancia con dos grandes movimientos que definen su identidad por la negativa, los sin tierra de Brasil, y los piqueteros en Argentina, o en la definición de una de sus corrientes, trabajadores desempleados, donde al anteponer el trabajadores al de la situación de desempleo se niegan o rechazan el ser excluidos de la clase trabajadora, como demuestra Sopranesi (2003).

Pero no solo la desaparición del proletariado afecta la definición clasista de las luchas contemporáneas. Holloway reconoce la importancia de las “luchas no-clasistas”, como las de género o de medio ambiente, y en tal sentido reconoce que “...la idea de que la importancia



de la lucha de clase está disminuyendo” y se pregunta cómo podemos hablar de revolución de la clase trabajadora cuando está en declive numéricamente...” (2002: 91). Ante la emergencia de nuevos actores cuestiona ¿cómo definir a estas otras personas, si como nuevos pequeños burgueses, como “*salariat*”, como clase media? Su respuesta, en sentido parecido al Bonfeld, es negarse a una definición: “No es posible definir el sujeto crítico-revolucionario porque es indefinible. El sujeto crítico-revolucionario no es un quien definido sino un qué indefinido, indefinible y anti-definicional” (Holloway, 2005: 218). A pesar de negarse a definir, no obvia establecer los términos de la confrontación, en primer lugar resulta interesantes las dos primera palabras a las que recurre *sujeto* y *crítico*. Ambas remiten a la tradición iluminista, que apelaba a la conciencia, en ese sentido no es sorprendente que el elemento unificador del antagonismo que propone remita a la enajenación:

La lucha de clase es, pues, el incesante antagonismo cotidiano (se lo perciba o no) entre la alienación y la des-alienación, entre la definición y la anti-definición, entre la fetichización y la des-fetichización... No luchamos como clase trabajadora, luchamos en contra de ser clase trabajadora, en contra de ser clasificados... (Holloway, 2005: 210).

Al colocar en un lugar central el tema de la enajenación y el sentimiento de otredad con respecto, no solo a los productos del trabajo, sino de la propia vida social, amplía la contradicción a todos aquellos privados de poder, de allí su insistencia en el tema del poder-hacer. Al mismo tiempo, no solo desestima el papel del trabajador asalariado industrial, sino también desplaza el papel central de la plusvalía, como eje de la explotación, tema que merecería otro apartado y que sin duda debe ser analizado, en tanto, al igual que sucede con los obreros, el papel de la plusvalía, en tanto trabajo excedente, bajo las premisas de una economía crecientemente financiera y especulativa, si no desaparece se desplaza, perdiendo la centralidad que ofrecía como medio para la generación de riqueza. Bonfeld, junto con Holloway y otros autores se definen como marxistas abiertos. La idea central del enfoque del Marxismo Abierto es que todas las categorías del pensamiento deben entenderse como abiertas, simplemente porque son conceptualizaciones de la lucha social. Un intento por conservar la teoría del valor, pero modificando su aplicación es la propuesta de Peters (1998) de extender la generación de valor a cualquier actividad que satisface necesidades vitales propias o ajenas, quiere decir que incluye, aparte de la producción de bienes, a los productores de servicios, esto es trabajadores.

Desde la línea abierta por Gramsci (1972) al utilizar el eufemismo de *culturas subalternas*<sup>8</sup>, los estudios de *subalternidad* definen a las clases o sectores subalternos -en función de su oposición al poder hegemónico, o más precisamente por su carácter contra hegemónico. Es decir que en vez de recurrir a la posición que se ocupa en la producción, recurre a la oposición en el plano político. Utilizar a la posición productiva como indicador, que supuestamente definiría al proletariado en tanto sujeto histórico revolucionario, presenta la dificultad de excluir a cualquier otro sector, que aunque opuesto o enfrentado al capital, por su inserción quedarían catalogados como *pequeño burgueses*, *clases en extinción*, o *potencialmente contrarrevolucionarios*, epítetos utilizados para definir o despreciar a los campesinos, indios, estudiantes, y a los pequeños productores. Por el contrario si se recurre al criterio de distinguir en función de la oposición o en resistencia frente al sector hegemónico, ambos hegemónico y contra hegemónicos, se establecen en términos relativos, y cambiantes. Relativos en tanto cada grupo puede estar conformada por uno o más sectores en términos descriptivos, el capital industrial, el financiero y los managers, por un lado, y por el otro obreros, campesinos, pero también cambiantes, pues de un bloque se pueden pasar sectores enteros a otros, si cambian las circunstancias, una política que golpea directamente a un sector puede determinar su paso a la categoría contraria. El criterio por oposición, permite asumir una definición de clase en sentido amplio o clases subalternas, en las que incorpora a todos los sectores en confrontación con el capital. El concepto de clases subalternas, es probablemente el más utilizado, sin embargo quienes recurren a él también admiten que no resulta fenomenológicamente evidente, la dificultad radica en la posibilidad de: "...pensar en un sujeto plural, un sujeto social múltiple capaz de articular a un conjunto amplio de sectores sociales. El sujeto popular no es un dato de la realidad; por el contrario, es una construcción que se traduce en un proyecto" (Stratta y Mazzeo, 2007: 13). En este caso se propone definir al actor en función del proyecto, más que su adscripción objetiva en términos productivos, de allí que los autores agreguen que exige adhesiones *praxicas*.

Uno de los conceptos "ampliados" más polémicos, es sin duda el de multitud, propuesto por Hardt y Negri, quienes constatando que la composición del proletariado se ha transformado, proponen que en consecuencia "... nuestra comprensión de él también debe hacerlo". Los autores consideran que el trabajo explotado directa o indirectamente por las normas

---

<sup>8</sup> Demás está recordar que al escribir desde la cárcel, Gramsci no podía utilizar los conceptos demasiado evidentemente Marxistas, de allí que recurriera frecuentemente a eufemismos, estos fueron luego retomados de manera que probablemente sin pretenderlo, incorporó nuevos conceptos

capitalistas de producción “...casi ha desaparecido del panorama...” de manera que hoy en día “...Algunos trabajadores son asalariados, algunos no; algunos trabajos se desarrollan dentro de las paredes de una fábrica, otros dispersos...” (2002: 63, 64). El resultado, de cierta afinidad con los estudios de subalternidad, es una definición ampliada del término proletariado:

[...] Precisamente cuando aparenta haber desaparecido del escenario mundial, el proletariado se está convirtiendo en la figura universal de la fuerza laboral...el concepto de <proletariado> no se refiere únicamente a la clase obrera industrial, sino que abarca a todos aquellos que están subordinados al gobierno del capital, que son explotados por él y que producen para él...En cada sociedad y en el mundo entero, el proletariado es la figura cada vez más general del trabajo social (2002:239).

A pesar de reivindicar el término proletariado, en sentido más que genérico, el concepto que inventan y que más polémica ha provocado es el de *multitud*. La reacción que el Imperio de Hardt y Negri ha generado entre los marxistas, solo puede explicarse bajo el paradigma del *hereje*, en contraposición al infiel, al segundo se lo exculpa por que no conoce la revelación, mientras el primero traiciona la verdad. Sobre todo Negri, conspicuo representante del obrerismo italiano, causa escándalo por su conversión. Algunas de las críticas pegan en el blanco, otras se atienen al dogma que se niega a aceptar que el capitalismo no puede cambiar de sentido ni de forma. Representativa de la actitud de escándalo, es la crítica de Albertani quien antes de proceder al análisis de los conceptos presentes en Imperio, reseña los antecedentes del obrerismo italiano, que incorporara en los setentas el concepto de *composición de clase*, indicativo del nexo entre rasgos técnicos “objetivos” y rasgos políticos “subjetivos”, donde la síntesis de los dos aspectos determinaría el potencial subversivo de las luchas (2003:174). Negri, en aquellas épocas habría sido un adalid del concepto del *obrero social*, dos décadas después lo sustituye por el de *multitud*, *héroe indiscutible del Imperio*. Según Albertani el concepto se remonta a los albores de la modernidad y se habría utilizado para definir al *conjunto humano antes de ser pueblo*, indiferenciado, salvaje, todavía no organizado en el Estado (Albertani, 2003:176). En la nueva acepción de Hardt y Negri sería el “...sujeto plural de un nuevo poder constituyente abierto, incluyente y posmoderno” (Hardt y Negri, 2002:107). Sin embargo, Albertani, a pesar de rechazar el concepto de multitud, admite que “agotándose la centralidad de la fábrica, se multiplican los posibles sujetos antagonistas, a la vez que cae cualquier noción de necesidad (Albertani 2003:190) hoy los movimientos sociales son plurales por definición, sostiene. La crítica central al concepto de multitud es su carácter inasible, e informe. A pesar de las críticas, las multitudes existen, protagonizaron al menos dos golpes de estado cívicos, el de Ecuador y el de

Argentina, también es cierto que son veleidosas, en 2000 en Argentina parecían de izquierda se organizaron en comunas tipo París, las asambleas barriales, se convirtieron en agentes tomando en sus manos la resolución de problemas sociales, habilitaron comedores populares, guarderías, clínicas médicas<sup>9</sup>, unos pocos años después, en 2007 muchos se sumaron a los productores del campo, en contra del gobierno, acercándose a la derecha. ¿Cómo conceptualizar a esos sectores heterogéneos, no clasistas, pero globalmente afectados por el neoliberalismo? mientras algunos de los analistas de las manifestaciones masivas las califican como multitudes, otros como Fernández, se niegan a aplicar el concepto, en el caso de las asambleas barriales argentinas si bien acepta que "...algunas de las características que demarcan el concepto"... (2003, 235). Por su carácter masivo, generalizado, abarcativo de diferentes sectores de clase y estratos, por su carácter negativo, "que se vayan todos" en el caso de Argentina, su rechazo de la política, su carencia de organización y proyecto, la idea de multitud aun pensándola como un sujeto *indiferenciado y salvaje*, como cuestiona Albertani, parece apropiada.

Más ecléctico todavía, Lora-Can define al movimiento que derrocó dos presidentes y llevó al poder a Evo Morales como *multitud étno clasista*. Para llegar a tan amplia definición sostiene que en todos los conflictos de la vida social el sujeto es el indio reconfigurado, "convertido en el nuevo proletariado, el jornalero a destajo, que se enfrenta al capitalismo transnacionalizado y colonialista...es el "sustrato demográfico", de las clases subalternas, del mestizaje, del campesino del obrero (Lora-Can, 2002:153).

Si los esfuerzos anteriores se orientan a ampliar la categoría del proletariado a trabajadores y a quienes han quedado excluidos de la producción por el propio sistema, e incorporar el componente étnico, otras reflexiones se orientan al cambio en la composición de la clase dominante. En tal posición se encuentra Acha, quien por un lado se opone a la idea del ocaso de la clase obrera como actor social decisivo y reivindica la "inocultable relevancia del proletariado", por el otro propone ampliar el de la "clase enemiga de los de abajo" incluyendo a "los sectores oligopólicos de la comunicación mediática y de las formas sistemáticas de guerra, o facciones terroristas transnacionales como parte de las clases dominantes" (Acha, 2007:30).

---

<sup>9</sup> Fernández (2003:224) sostiene que "...inauguraron nuevos lugares: comedores, ollas barriales, huertas comunitarias, eventos culturales, espacios de asistencia médica, de atención psicológica en plazas, micro emprendimientos"

Ya recurriendo a resaltar la enajenación u otro componente del sistema como central, aceptando la pluralidad de los actores, o realizando sumas eclécticas, la tendencia en la discusión en torno a las clases sociales, es hacia una posición flexible que permita incorporar al campo revolucionario a sujetos, o actores diversos y con intereses heterogéneos, siempre y cuando se opongan a los poderes dominantes, el factor diferenciante es el que refiere a la existencia de un fin, o un proyecto, mientras el concepto de multitud lo excluye, otros lo consideran como factor central y por tanto enfatizaran los aspectos relativos a la constitución de una subjetividad, compartida. Sin embargo al entrar en el campo del proyecto, el análisis marxista de las clases sigue generando interferencias sobre todo al abordar el tema de la propiedad privada. La aspiración a poseer o mantener e la pequeña propiedad, emprendimientos o negocios, ya industriales o artesanales, como posibilidad productiva, aparece como parte del proyecto de muchos de los actores contra hegemónicos. El tema resulta controvertido, pues implica iniciativas individuales o familiares, y no necesariamente colectivas, y sobre todo la propiedad privada.

### **Movimientos sociales y movimientos societales**

El actor protagónico de los movimientos sociales, en la perspectiva de Touraine, es el *sujeto*. Decididamente rechaza el concepto de clase, y retoma el concepto de sujeto al que diferencia radicalmente del de individuo. El individuo se constituye en sujeto cuando se transforma en actor social e intenta transformar la realidad. Opone, por tanto, al individuo “consumidor de normas y de instrucciones sociales” (2000 [1997]: 232) del individuo productor de vida social y sus cambios. “El sujeto solo existe como movimiento social”, sostiene, y por tanto, “opuesto a la lógica del orden”. La crítica y la acción transformadora caracterizan al sujeto. A diferencia de la teoría clásica del sujeto, se niega identificarlo con la *Razón*. Para fundamentar su opinión reconoce en la modernidad, movimientos opuestos, un momento en que la Razón aparece como revolucionaria, hasta que se institucionaliza. En un primer momento de la modernidad el sujeto se alía con el racionalismo en contra del orden sagrado, mientras que una vez empoderado el orden racionalista, el sujeto pasa a la resistencia.

En su concepción los movimientos sociales se diferencian radicalmente de los movimientos clasistas. “El concepto de clase social hacia descansar la oposición dominantes dominados, en la oposición naturaleza cultura y en la oposición pasado presente” (2000 [1992]: 240), por eso propone, que el concepto de movimiento social debe reemplazar al de clase social, e

implica el análisis de la acción, por encima de la situación. En primer lugar por ubicar a la concepción marxista, como un *historicismo* que “identifica la acción obrera con la naturaleza y con el desarrollo histórico”, en segundo término, por implicar la división dirigente-dirigido, que considera antitética a la idea de sujeto: “La conciencia de clase no significa en modo alguno una clase obrera consciente de sí misma, sino que se trata de la situación obrera interpretada por los intelectuales revolucionarios” (2000 [1992]: 237)<sup>10</sup>. En este sentido la posición de Touraine es claramente antiautoritaria: el terreno de la lucha no enfrenta a clases sino a dominantes y dirigidos, sin importar a la clase a la que representen o digan representar, si reproducen un orden vertical contrario a la realización del sujeto. En similar posición ubica a:

La ideología de los amos de la sociedad que ocultan su poder identificándose con la modernidad y presentando a sus adversarios como simples obstáculos al progreso, y la ideología de los trabajadores dependientes, que no pudiendo identificarse con una producción a la cual están sometidos, se proclaman los portadores del principio vivo de la modernidad[...] (2000 [1992], 238)

La crítica velada pero directa al socialismo, implica que éste, tanto en su expresión partidaria, como una vez en el poder del estado, niega en la práctica la existencia del sujeto. En su concepción del sujeto como actor, retoma a los pensadores ilustrados para incorporar el componente moral, la cuestión de los valores, las protestas más vivas, sostiene, tienen un fundamento moral y la figura del *disidente* ocupa un lugar central. Para definir la existencia de nuevos movimientos sociales, que mas adelante denominará para diferenciarlos de los anteriores, *movimientos societales*, reconoce la existencia de una nueva generación de problemas sociales y culturales. En su esquema, a diferencia de los movimientos políticos orientados a la toma del poder por un partido, un movimiento social supone la suma de un conflicto social con un proyecto cultural. La suma de ambos componentes permite diferenciar a las *luchas sociales* de los *movimientos sociales*. No toda lucha social lleva en sí un movimiento social, sostiene, para que el movimiento social exista se debe buscar a presencia de un proyecto cultural asociado con el conflicto social, un proyecto cultural que aspira siempre a la realización de valores culturales, esto es una propuesta de orden diferente que se opone a la realidad existente.

Entre los motivos de la mutación, y de la importancia de la reaparición del sujeto, ubica al hecho de que en la actualidad la dominación se ejerce no tanto sobre la producción, como:

---

<sup>10</sup> Cabe mencionar que su crítica se centra sobre el dirigismo y por tanto distingue entre los partidos y lo que denomina acción obrera, la defensa del trabajo, las luchas por la autonomía o el control obrero de la producción, a los que si considera como movimientos sociales.

“...sobre el cuerpo y las almas... porque la propaganda y la represión totalitarias son las enfermedades más graves del mundo que se dice moderno (2000 [1992]: 244). Al tiempo de la pérdida de protagonismo de las clases se evidencia la desaparición de los viejos repertorios, aludiendo a la ya clásica acepción de Tilly (1978), de la época industrial (huelgas, manifestaciones), así como el abandono de la idea de la toma del poder, y el sentido de la historia, pues ya *no pretenden liberar las fuerzas del progreso*, sustituidas por la práctica de la autogestión. Los nuevos movimientos sociales quieren *cambiar la vida*, optan por la libre elección de un estilo de vida personal, esta declaración que parecería extremadamente individualista es compensada por el componente de solidaridad con los pobres de otros países, emprendiendo acciones más internacionalizadas, que el de las *internacionales*<sup>11</sup> precedentes.

Touraine, al igual que Bauman (2003) considera que el consumidor ha remplazado al productor, pero en vez de denominar a la etapa como posmoderna, o *posindustrial*, prefiere el término de *programada*, en tanto considera que “la difusión masiva de los bienes culturales ocupan el lugar central que antes habían ocupado los bienes materiales en la sociedad industrial” (2000 [1992]: 241), en consecuencia no sería posmoderna sino *hipermoderna*. La distinción terminológica contiene dos referencias, la primera remite a la fobia que manifiesta hacia los posmodernistas en tanto afirman la *disociación completa del sistema actor*, es decir que deja sin espacio de acción al sujeto. En su opinión se trata de una interpretación *sociológicamente superficial*, que niega la profundidad de la distancia entre el signo y el sentido, la segunda en que a diferencia de Bauman, que remite su interpretación de la posmodernidad a la transformación del sistema productivo y la pérdida de la centralidad del trabajo, Touraine se centra en la disputa por los bienes culturales. En consecuencia, considera central la búsqueda del sentido. En ese espacio de vacío generado por la sociedad programada, el sujeto aparece como el actor central de la búsqueda de sentido a la existencia. Lo que se opone al universo de signos es la búsqueda del sentido. El sujeto, es un ser *in-mundo*, no se caracterizaría por la preocupación por sí mismo, sino por la defensa de la posibilidad de ser actor, o lo que es lo mismo, de modificar el ambiente social. Los movimientos sociales se caracterizarían por cuestionan las orientaciones generales de la sociedad.

---

<sup>11</sup> Alusión a las internacionales socialistas de finales del XIX y previos a la segunda guerra mundial.

Si bien en *Critica de la Modernidad* (2000 [1992]) el sujeto se opone al mercado, en *Podremos Vivir juntos* (2000 [1997]) escrito unos años después, amplía el conflicto al proponer una doble confrontación por un lado contra el triunfo del mercado y, por el otro, contra los poderes comunitarios autoritarios (2000 [1997]: 99). Es en función de esta la triple diferenciación, que propone distinguir entre *movimiento social*, *movimientos sociales* y *societales*. Mientras la primera acepción referiría a la movilización clasista, la segunda alude a los movimientos de los setenta y deja la última para los nuevos movimientos de las causa ciudadanas. Los movimientos de los setenta, que identifica con la creatividad estudiantil del mayo Francés y sus influencias del otro lado del atlántico, fracasaron, por haber intentado someterse a la autoridad de una ideología, poco después se fragmentaron y dispersaron para dar origen a los que denomina *movimientos societales*, en lucha contra “enemigos siempre amenazantes en la defensa de derechos sociales y culturales. Los movimientos se convirtieron “en *morales*, en tanto que en el pasado, habrían sido religiosos, políticos, económicos” (2000 [1997]: 103). Siempre fragmentarios, no les atribuye un proyecto, sino un conjunto cambiante de debates y tensiones, donde la autonomía creciente genera su debilidad política y la fragilidad de su organización.

La especulación de Touraine, estemos de acuerdo con ella o no, tiene profundidad, al centrar el eje de la reflexión sobre la naturaleza de los movimientos sociales y en consecuencia sobre los fines de los movimientos, el sentido y el sentido humano de la existencia, o la naturaleza de la existencia humana. Se emparenta por tanto con la antropología y la filosofía, como ha sido tradicional en el pensamiento social europeo. Si bien presenta mayor profundidad que los análisis descriptivos de los movimientos sociales Norteamericanos que abordaré a continuación, también es cierto que a pesar de cuestionar a los posmodernistas, su planteamiento en torno a la construcción del sujeto, presenta vacíos. No se puede negar que concede al sujeto capacidad crítica, reflexividad, ni que no mencione y reitere la cuestión del compromiso, tampoco que no manifieste simpatía por algunos de los que califica como movimientos societales<sup>12</sup>, ni que no critique a la sociedad programada, pero tampoco se puede obviar que su crítica se centra —y así lo reconoce— más en la cultura que en los factores económicos. En ninguna parte encontré una crítica a la irracionalidad de la lógica productiva, ni al desastre ecológico, por no hablar de la tendencia a la exclusión. En consecuencia su interpretación parece una preocupación europeocéntrica, de un sujeto que ve amenazada la capacidad reflexiva humana — preocupación legítima, sin duda — pero

---

<sup>12</sup> Menciona sobre todo a las feministas, ecologistas y a los zapatistas.



desapegada de los problemas de sobrevivencia de la humanidad. Por otra parte, en sus textos se encuentran reiteradas críticas a los movimientos sociales reales, fundamentalmente de las contraculturas o micro-sociedades alternativas; mientras que su espíritu anticomunitarista se traslada a sus discípulos (Wieviorka, et al, 2009) quienes al analizar el movimiento quizás más importante – al menos por el número de organizaciones y movimientos sociales congregados – en contra de la globalización, el Foro Social Mundial, destilan desprecio y hasta fobia y a toda costa pretenden encasillarlos en su concepto de comunitarismo totalitario. Touraine cuando utiliza el concepto de totalitarismo comunitario, lo aplica a casos extremos, el nacionalismo populista, los estados totalitarios socialistas y los fundamentalismos religiosos, sin embargo no deja de aludir a los movimientos étnicos o de identidad.

Bajo la justificación de la referencia moral desvaloriza las luchas reivindicativas. A su juicio principios como la libertad, o los derechos fundamentales, no pueden reducirse a ganancias materiales o políticas. Si bien se puede acordar con Touraine, en cuanto a la capacidad de perversión del poder y el dinero, y que la búsqueda de puestos políticos o financiamientos a proyectos, ha sido una vía efectiva de pervertir y mediatizar a los movimientos sociales o societales, de ahí a no considerar los efectos de sistema sobre la realidad material, existe una distancia<sup>13</sup>.

### **Conclusión preliminar**

Si se reconoce el carácter social e históricamente construido de los sujetos sociales en tanto, personas que comparten ya un papel social definido por su inserción económica o un sistema de representaciones o una perspectiva, que se convierten en actores cuando logran traducir tal perspectiva en estrategias programáticas que se traducen en acciones, es preciso reconocer que sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX han surgidos novedosos actores sociales que la categoría de clases sociales propuesta por el marxismo no logra explicar, en ese sentido constituyen un desafío para las ciencias sociales y sobre todo para el análisis de los movimientos sociales y el cambio social, el desarrollo de nuevas categorías que permitan en primera instancia nombrar los fenómenos, y en consecuencia poder explicarlos.

---

<sup>13</sup> Solo en relación con el problema ecológico, reconoce que se trata de un problema del modelo de desarrollo.

## Bibliografía

- Acha, C. C. (2007). *Reflexiones sobre poder popular*. Buenos Aires: El colectivo.
- Acha, O. (2007). Poder Popular y socialismo desde abajo . En A. e. al, *Reflexiones sobre el poder popular* (págs. 17-36). Buenos Aires: El Colectivo.
- Alberoni, F. (1981). *Movimiento e Institución*. adrid: Editora Nacional.
- Albertani, C. (2003). Las trampas de Imperio. *Bajo el Volcan* , 170-192.
- Anderson, P. (1998). *Los orígenes de la Posmodernidad*. Barcelona, España: Anagrama.
- Barth, F. (1976). *Los grupos Etnicos y sus fronteras*. Mexico: FCE.
- Bartolomé, M. (1997). *Gente de costumbre, Gente de Razon. La identidades etnicas en México*. Mexico: Siglo XXI / INI.
- Bauman, Z. (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bonefeld, W. (2004). *Clase = Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*. . Puebla: Herramienta / Universidad Autonoma de Puebla.
- Bordieu, P. y. (1995). *Reflexiones. Por una Antropologia Reflexiva*. Mexico: Grijalvo.
- Buey, F. (2005). La izquierda hoy. *Bajo el volcán-9* , 17-26.
- Cabral, A. (1977). El Papel de la Cultura en la lucha por la Independencia. *Cultura y Sociedad 1* , 10-17.
- Castells, M. (1996). *La Sociedad en Red. La era de la Información*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2004). *The Power of Identity*. Oxford: Blackwell Publishing inc.
- Cohen, J. y. (2002 ). *Sociedad Civil y teoria política*. Mexico: FCE.
- Dietrich, H. (1998). *Fin del Capitalismo Global*. México: Oceano.
- Dinerstein, A. C. (2002). ¡Que se vayan todos! Crisis, insurrección y la reinención de lo político en Argentina. . *Bajo el Volcan N° 5* , 11-46.
- Eco, H. (2004-1974). *La Nueva Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial.
- Engels, C. M. (1997). *Manifiesto Comunista*. Madrid: El Viejo Topo.
- Fanon, F. (1961). *Los Condenados de la Tierra*. Mexico: FCE.
- Fanon, F. (1968). *Sociologia de una Revolución*. Mexico: ERA.
- Fernandez, A. M. (2003). La lógica situacional de las asambleas: los juguetes rabiosos de los barrios. *Bajo el Volcan, año 3, N 6* , 221-240.
- Giddens, A. (1999). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Hardt, M. y. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidos.
- Hill, J. (. (1988). *Rethinking History and Myth. Indigenous South American Perspectives on the past*. Illinois: University of Illinois Press.

- Hobsbawm, E. (1997). Izquierda y políticas de Identidad. *Viejo Topo, Barcelona, España, Mayo* .
- Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el Poder*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- I, L. V. (1975). *El estado y la Revolución*. Córdoba: Pasado y Presente.
- Kennedy, M. y. (2009). Understanding Latin America's "third left". En D. Fasenet. Boston: Critical Sociology.
- Krader, L. (1976). *Dialectic of Civil Society*.
- Rifkin, J. (1996). *El fin del trabajo* . Buenos Aires: Paidós.
- Seligman, A. (1992). *The Idea of Civil Society*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Snow, D. M. (1979). *Readings on Social Movements*. Oxford: Oxford University Press.
- Stratta, M. M. (2007). Introducción. En A. O. al, *Reflexiones sobre el poder popular* (págs. 7-16). Buenos Aires, argentina: El Colectivo.
- Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. . New York: The University of Michigan, Random House.
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? iguales y diferentes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, A. (1992). *Crítica de la Modernidad* . Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, V. (1974). *Fields, drama and metaphors, symbolic action in human society*. Ithaca: Cornell University press.
- Zibechi, R. (2006). *Dispersar el Poder: Los movimientos como poderes antiestatales*. Tinta Limón, Ediciones.
- Zibechi, R. (4 de julio de 2008). Hacia el fin de la década progresista. *La jornada* .